

# Soledad

Guadalupe Olvera Larrondo



De noche he acompañado mi cuerpo con fantasías oscilantes, que van de la ternura a la lujuria desmedida, pero despierto sola.

Sé que en mi cuerpo y en mi mente habitan deseos que nunca han sido satisfechos, me consta haber fingido placeres en aras de la obtención de una cara de beneplácito de un hombre que cree haber sido único y excitantemente complaciente... pero que termina dándome lástima y asco.

He visto su rostro en un vaivén exagerado por aparentar la potencia que nunca ha tenido y disfrazarla a veces de melancolía, a veces de preocupación, en otras ocasiones de culpabilidad hacia mi falta de atractivo. He notado el denuedo con que optimiza sus intentos para asegurarse de un orgasmo que en realidad no le interesa, sino por la lectura de que "debe lograrlo" para ser un hombre total.

Al fin y al cabo el orgasmo, mi orgasmo, se vuelve parte de su virilidad, no la complementación de nuestra relación, y me vuelvo a sentir vacía.

Le veo sonreír y preguntar si va bien, si me siento bien, y me veo contestar con una gran actuación femenina, que es todo lo que necesito. Falsedades.

Me siento sola, muy sola, llego a sentir más placer por verle en su esfuerzo, por despreciar sus miserias, por rechazar sus besos vacíos, que por la experiencia de un coito satisfactorio, y entonces creo que es más un acto de onanismo que de sexualidad compartida. Me veo con él, veo nuestros cuerpos en una ejecución digna de un torpe acto circense donde no existe ni el amor ni la sensación, sólo el secreto deseo de que lo poco que tiene termine por extinguirlo y se acabe el absurdo ritual, la compensación por un raquíctico sueldo de ama de casa.

Le creía vigoroso, como correspondería a alguien de su edad; sin embargo, me evadía y hacía crecer mi desconcierto, que en realidad era

lo único que yo veía crecer con facilidad. Después me asaltó la duda, até cabos, pero la idea me parecía espantosa; solía ridiculizar a cuanto personaje con ademanes homosexuales apareciera en su camino, podía arrinconarse para evitar quizá el contagio furtivo de tal tendencia; sin embargo, su configuración y movimientos, sobre todo al imitarlos, eran tan idóneos..., pero era un MACHO, así, con letras mayúsculas, como todos sus hermanos, los cuales, al igual que el padre, pensaban que le hacían un favor al género femenino. Lo que yo no entendía en ese momento era por qué todas las concuñas resultaban siendo infieles o los abandonaban, eso sí, con hijos, pero se alejaban.

Cuando logré entender todo, estaba casi al punto de perderme en esa vertiginosa soledad que conllevan los alcohólicos fines de semana con las inminentes citas memorables de las conquistas masculinas, con el consiguiente silencio femenino y la vista hacia el piso, siendo entonces reconocida públicamente como la viva imagen de la esposa perfecta, pero con el rostro plagado de moretones, producto de “accidentes”.

Al principio, llegada la noche, imaginaba románticos encuentros para no enfrentarme a frías realidades. Plagaba la soledad de mi cuarto con imágenes de hombres cariñosos, sonrientes, tiernos, caballerosos, que casi hacíanme pedirles una caricia, sólo una..., pero la llegada de un cínico mantenido rompía mi mundo y me restaba ideas al sumirme en quehaceres como si nunca los hubiese hecho. Cuando había contactos estaban plagados de obscenidades, de vulgaridades, que si bien podía él haberlas vuelto variantes de un contacto sexual, las convirtió en violaciones continuas.

Entendí que los quehaceres hogareños se establecieron no sólo como el mantenimiento material de un hábitat, sino como el refugio autista de la mujer ante la vorágine de sucesos que le precipita a la vida sin vida. Fue entonces cuando decidí oír a la suegra, a la cuñada, a la concuña, a la abuela, a cuanta mujer me pudiera dar la esperanza de que las cosas no eran así, que había tenido mal tino, mala elección, pero que se podía corregir. Sin embargo, no fue así. Detrás de los relatos de la sonrisa heroica de la mujer que ha cumplido con sus deberes, se escondía en sus discursos la misma historia, pero las felices habían logrado aplicar estrategias que las mantuvieran con el mando: acceder a

cuanta petición sexual se hiciera, fingiendo incluso ser otra persona; plagar la pesada carga doméstica de reconocimientos verbales, que si bien no reconstituían el desgaste físico, por lo menos le hacían creer a la mujer que sí valía la pena (y es que la mujer es toda espiritualidad y sensibilidad).

Entonces me sentí sola, mi cuerpo también anhelaba sensaciones, tuve que callarlo y postergar sus necesidades, no debía presionar, al fin y al cabo el único que terminaba cansado de tanto trabajo era él.

Nunca le amé, pero sí llegué a odiarlo, deseaba usarlo como él hizo conmigo, deseaba humillarlo, denigrarlo, amenazarlo, como se dio el lujo de hacerlo conmigo. Sentí la impotencia de no ser, de la aniquilación de la personalidad, de la nulidad de los años de formación física y profesional, y ni siquiera tuve la placentera experiencia del relajamiento de tensiones, ya ni siquiera pedía la mística sensación de la entrega por amor, ya no, era demasiado, sólo pedía el característico relajamiento muscular, para irme al otro día a trabajar.

Mi cuerpo vibraba, vibra con mis pensamientos, con mis contactos, pero no con él, para él está muerto, no siente, no responde; pero un hábil cerebro femenino acostumbrado desde pequeño a fingir, cumple con excelencia su función, es algo inherente a la naturaleza femenina, o quizá un aprendizaje que logró introyectarse a tal nivel que ¿casi se vuelve genético?; es el arte de fingir, que no de mentir, ese está concedido a los hombres.

Como mujer he aprendido a fingir emociones, sensaciones, sentimientos, actitudes, pero eso no me causa conflicto, porque es una norma social de la “mujer decente”, ni siquiera el de la sexualidad, ya que por eso de pequeñas no nos dejan tocar, así no hay punto de partida ni de comparación, ni siquiera identificamos lo que es bueno, funcional o excitante, ya es bastante con abrir las piernas.

Actuamos la sensualidad y poseemos la habilidad de plasmar las actitudes que los hombres consideran altamente eróticas, porque al fin y al cabo es lo que piensan o creen que los excita, no lo que de una manera natural desea hacer la mujer. A tal grado es esto, que a ciencia cierta los hombres no toman una actitud hacia nosotras, sino que afianzan o fortalecen sus signos viriles, pero no estimulan nuestra sexualidad.

Todo esto, el escaso tiempo en que sucede, el contacto me hace sentir sola, inmersa en pensamientos caóticos, que me pueden orillar a una locura, no sé qué pensar, no sé qué sentir, sólo el deseo, que me invade cada vez con mayor frecuencia, de aniquilar esta existencia que no me permite vivir lo que existe, que sólo me deja al nivel de comparsa de un hombre que se divierte con mi vida, con mis deseos.

Estoy harta de ocupar un lecho con el hombre que no amo y que no me desea, y digo ocupar, porque no comparto, jamás compartí con él una cama, sólo ha transferido líquidos a mi cuerpo y él no ha recibido los míos porque ni siquiera los ha logrado estimular. Es tanto mi resentimiento que le quisiera dañar de una manera que no se notara, pero que le lacerara el alma y que tuviera, encima de todo, que sonreír, aunque sus ojos reflejaran soledad, dolor; es lo que quisiera compartir realmente con él... todo aquello que me ha dado durante estos años, esa sí que sería mi entrega total: recíproca y sin condiciones.